

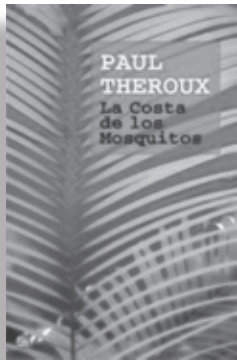
## LA COSTA DE LOS MOSQUITOS

Daniar Chávez Jiménez

**Imagínate** un zoológico donde los animales están fuera y los humanos enjaulados [...]. Miras por la valla y ves a todas las criaturas con los ojos fijos en ti. Ellos son libres, pero tú no.



*La Costa de los Mosquitos* (Paul Theroux, traducción de Manuel Sáenz de Heredia, Ediciones Folio, S.A., 1981) es indudablemente uno de los textos más extravagantes de la literatura de viajes del siglo xx. Relato insólito, alucinante, deslumbra al lector bajo un universo imaginario de difícil clasificación. Y no podría ser de otro modo. Theroux apela a un viejo presagio que con el tiempo ha trascendido en el pensamiento contemporáneo de Occidente: *la idea de decadencia*.



Y, propiamente, no se trata de una novela de viaje, como éste no sea considerado como un éxodo interior; analizado por medio de las experiencias del joven Charlie, el lector puede penetrar en estado puro en la conciencia alucinante e ingeniosa de su padre, Allie Fox, hombre enigmático, enemigo acérrimo del *american way of life*. Pero, curiosamente, el viaje que emprende esta familia desde Baltimore hacia el sur, recuerda con mayor precisión algunos escritos realizados por Gilles Deleuze, Jacques Derrida, Felix Lyotard o Susan Sontag, cuyas ideas se asentaban sobre la base de transgredir la cultura procedente del norte, axiomas que parecen entroncar misteriosamente con un recóndito destino: Honduras, la verdadera *finis terrae*, espacio abandonado y olvidado por el progreso industrial, más parecida a la Centro América de la Conquista o a la Precolombina que a la América del dominio norteamericano de los ochenta, las guerrillas fraticidas, las dictaduras militares, la violencia y la segregación de una región, donde una gran variedad de personajes anónimos develan un mundo fantasmagórico, extraordinario, excéntrico, lleno de complejidad para la conciencia de un protagonista cada vez más arrinconado por un agudo sentimiento de crisis y deterioro social.

Allie Fox, cuyos sueños delirantes y su odio acérrimo a Occidente se unen al destino de otro de los grandes personajes de la literatura norteamericana, Ignatius Reilly,<sup>1</sup> huye de la “civilización” para encontrar refugio en la naturaleza. Sin

<sup>1</sup> John Kennedy Toole, *A Confederacy of Dunces*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1980.

embargo, abandonar su estilo de vida no significa haberlo trascendido, pues Allie Fox arrastrará consigo los fantasmas de la sociedad que pretende olvidar. Su apego a la naturaleza, o lo que él cree su apego a la naturaleza, terminará fatalmente por convertirse en una inquietante pesadilla para todos los que lo acompañan en su aventura centroamericana.

El resultado es una compleja transformación en los protagonistas, la familia Fox, que viviendo a la luz del espíritu ingenioso del padre, comenzará a instalarse en su nuevo hogar. Dirigidos por este hombre despótico y hurraño, y junto con las familias que comparten las lejanas tierras de Jerónimo, en el interior de La Mosquita, realizarán diversas obras de infraestructura, pondrán en marcha una organización social que terminará por convertirse en una autocracia coercitiva, y comenzarán a enfrentar los duros trances que la selva hondureña les pone como prueba. Molesto por los ásperos aprietos que le plantea el medio ambiente (el calor, los mosquitos, la infertilidad del suelo de cultivo, las sequías o las lluvias), además de los disgustos que le producirán los predicadores y la idiosincrasia de los nativos, Allie Fox intentará perfeccionar su entorno, convencido de que sus desperfectos son producto de la holgazanería o de la incapacidad del creador del cielo y de la tierra. La sencillez de la trama, no obstante, no puede ocultar la complejidad de los paradigmas que plantea esta novela llevada a la pantalla por Peter Weir, en 1986, y que es en suma un compendio de augurios muy arraigados en la conciencia del hombre de la modernidad. Para Allie Fox, como para el individuo nacido bajo las pautas del pensamiento europeo, la naturaleza representaba un universo imperfecto y hostil, por lo que era inevitable su perfeccionamiento para volverla afable o, en última instancia, dominarla o subyugarla.

De esta forma, Theroux estaba planteando una serie de arquetipos que en las décadas de los sesenta o setenta hacían eco profundo en las sociedades occidentales y que a través de escritos de autores como Jean-Paul Sartre o Michel Foucault, fomentaban un latente odio a las instituciones provenientes del viejo continente: la racionalidad y sus discursos de legitimidad, evolución y progreso se convertían en blanco de las recriminaciones de los teóricos de la decadencia de la cultura dominante. Estas críticas, que terminarían por cristalizar en un hervidero de ideologías antioccidentales, provenían no obstante de una vieja premisa europea del siglo xix que, con Friedrich Nietzsche como uno de sus más notables defensores, arrastraba una larga tradición pesimista sobre el futuro del hombre. Para la década de los ochenta, el

## Si el hombre había saqueado sin contemplaciones el ecosistema, ahora la Madre Tierra se abría camino para asegurar su supervivencia

pesimismo cultural, que con anterioridad había dado origen a los movimientos fascistas, nazistas o izquierdistas bosquejados para compensar las deficiencias producidas por la “corrupta sociedad burguesa” —con resultados a veces igualmente desastrosos—, había evolucionado tan enérgicamente que penetraba poco a poco en la gnosis de los sectores ambientalistas, denominados por Arthur Herman como *ecopesimismos*.<sup>2</sup>

Si bien la idea de decadencia cultural es más antigua que la que se manifiesta en el texto de Theroux, el *ecopesimismo* compartía plenamente algunas de las raíces que un siglo atrás habían llamado la atención de pensadores como Arthur de Gobineau, Jacob Burckhardt o el mismo Nietzsche, es decir, el presentimiento de que cohabitaban perversamente los avances científicos y tecnológicos que se producían en Europa y Norteamérica con las tendencias consumistas y voraces de la cultura occidental, coexistencia que escindía y constreñía el libre albedrío de los individuos y mermaba la evolución saludable de las sociedades. A inicios del siglo xx, Oswald Spengler acentuará este sentimiento pesimista con la aparición de su obra *La decadencia de Occidente* (1918), que años más tarde tendría un fuerte impacto en la ideología del Tercer Reich.

La llegada de la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, de la Guerra Fría, convertirían a Estados Unidos, a los ojos de sus más tenaces detractores, en el nuevo imperio decadente, violento y genocida (como antes lo habían sido Inglaterra o Francia en los siglos xviii y xix), auspiciado por una era tecnológica implacable, un liberalismo obsoleto, un fuerte apetito consumista y un racismo obstinado. Hacia los años ochenta, la contaminación ambiental, la explotación desordenada de los recursos naturales, los amenazadores cambios climáticos y el efecto invernadero, hacían predecible y hasta esperable el inminente fin de la civilización originada en Europa y, por consiguiente, de todos sus productos económicos, sociales, culturales, políticos o tecnológicos, que ahora esgrimía primordialmente la sociedad norteamericana.

Para Arthur Herman, desde la aparición de *Frankenstein* (1818), de Mary Shelley, hasta la publicación de *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1868), de Jules Verne, *La isla del doctor Moreau* (1896) o *La guerra de los mundos* (1898), de H. G. Wells, la inminencia de una era tecnológica y científica fuera de control se había consolidado inevitablemente en la conciencia crítica del hombre contemporáneo. Esta amenaza,



a la que se le atribuía asimismo el crecimiento demográfico, la pobreza o la contaminación ambiental (producidos también por el incipiente desarrollo e incremento desordenado de los sistemas de producción del mundo capitalista), debía ser revertida, afirmaban los ambientalistas; para ello, había que redistribuir los recursos y la materia prima de forma sostenible y construir un nuevo orden mundial más respetuoso. La disociación o la discordia entre el individuo y la naturaleza, que hasta entonces había sido el eje del actuar del pensamiento moderno, ahora parecía tornarse en la necesidad de un inminente pacto que pudiera mantener la concordia entre el hombre y el medio ambiente.

Sin embargo, en la obra de Theroux, estos endebles murmullos de reconciliación se verán firmemente sacudidos por extraños avatares. La organización y la autodeterminación comunal, la vuelta a la naturaleza, la liberación de las formas de vida occidental y su reestructuración por medio de promesas más condescendientes, programadas en la conciencia del personaje norteamericano de *La Costa de los Mosquitos*, terminarán por transformarse en una obstinada necesidad de modificar el entorno para ajustarlo a sus antiguos lujos o comodidades: “La Edad de Hierro llega a Jerónimo —dijo Padre—. Hace un mes estábamos en la Edad de Piedra, cavando las verduras con palas de madera y matando ratas a golpes de hachas de sílex. Vamos avanzando. ¡En unos días estaremos en 1832! Por cierto, señores, tengo intención de saltarme a la torera el siglo veinte enterito” (Theroux, 164).

Los deseos de Allie Fox de poder dinamitar el laberíntico río para transformarlo en un afluente rectilíneo y de fácil navegación, la construcción de una planta de distribución de agua, el almacén refrigerado, la incubadora, el sistema de alcantarillado y, finalmente, el equipo de soldador con el que parecía “un brujo, con su máscara de hierro transformando un pedazo de chatarra en una pieza simétrica para la fontanería, que constituían el estómago y los intestinos de la planta de distribución de agua” (Theroux, 165), comenzarán a transfigurar la fisonomía de Jerónimo. “Decía que estaba fabricando un monstruo. ‘¡Soy el doctor Frankenstein!’, aullaba a través de su máscara” (Theroux, 165).

Consciente de los daños psicológicos y sanitarios y el fuerte impacto medioambiental que la proliferación de la tecnología propicia, Allie Fox advertirá a su confundido público sobre los peligros que representará el progreso de su siglo, sin darse

<sup>2</sup> Arthur Herman, *La idea de decadencia en la historia de occidente*, traducción de Carlos Gardini, Barcelona, Andrés Bello, 1997.

## La discordia entre el individuo y la naturaleza, que había sido el eje del actuar del pensamiento moderno, ahora parecía tornarse en la necesidad de un inminente pacto que pudiera mantener la concordia entre el hombre y el medio ambiente

cuenta de que su deseo de acondicionar las sinuosidades de la selva terminarán por reproducir los efectos que la modernidad ciernen sobre la naturaleza: “Qué es un salvaje —preguntaba—. Es alguien que no se toma la molestia de mirar a su alrededor y ver que puede cambiar el mundo” (Theroux, 167).

La construcción de “Niño Gordo”, una máquina para fabricar hielo por medio de calor y gases tóxicos para preservar los alimentos y enfriar el agua (que en el fondo sólo parece un artilugio más construido para impresionar a los indígenas), marcará el fin de los Fox en Honduras. Y como el doctor Frankenstein, Allie Fox, obsesionado con el progreso, terminará por transformarse en una suerte de hechicero moderno, convertido en mártir de sus ingeniosas herramientas.

Enemigo de la era industrial, pero convencido de la necesidad de sus proyectos para cimentar las bases de la “nueva civilización”, Allie Fox construirá su “monstruo” a imagen y semejanza de los hombres: “No digo que todos los inventos sean buenos. Pero observarán que los inventos peligrosos son siempre inventos antinaturales [...]. —Yo nunca he hecho nada —dijo— que no existiera antes bajo otra forma semejante” (Theroux, 167-168). El joven Charlie ratificará esta opinión cuando se introduzca, por orden de su padre, en el frío y metálico almacén de “Niño Gordo”:

Empecé a subir por los tubos, cruzando la sección central, desde los depósitos que Padre llamaba riñones, atravesando la oxidada molleja hasta alcanzar el tubo de acero que él llamaba gazzate [...]. En el preciso instante en que me estaba diciendo a mí mismo “no mires hacia abajo, miré hacia abajo”. Y seguí mirando. Reconocí lo que vi. Aquello no era un vientre. Era la cabeza de Padre, la parte mecánica de su cerebro y los vericuetos de su mente, igual de fuertes, de enormes y de misteriosos. Todo me fue revelado, pero había demasiado, como una página de libro llena de secretos, en letra demasiado pequeña [...]. “Como el cuerpo humano”, había dicho, pero aquella era la parte más oscura de su

cuerpo, y en esa oscuridad se encontraban las juntas y abrazaderas de su mente, una jungla de hierro torcido y depósitos panzudos, pendientes de delgados alambres y cicatrices soldadas (Theroux, 170).

Al salir de la máquina, y contrario al entusiasmo de su padre, Charlie concluirá: “Era como estar dentro de algo gigante y muerto” (Theroux, 170).

Un inesperado accidente transformará la vida de los Fox en una bizarra aventura que los llevará río abajo, hasta la laguna de Brewer, donde el padre, consciente de la desgracia que ha llegado a Jerónimo con las emanaciones de amoníaco que se desprenden de la explosión de “Niño Gordo” y que enrarecieron el ambiente hasta hacerlo inhabitable, decide abandonar todo intento de perfeccionar su entorno, resuelto a vivir sólo de aquello que afablemente le provea la naturaleza a través de un huerto y un criadero de gallinas imaginarios: “El error letal que todo el mundo cometió fue pensar que el futuro tenía algo que ver con la tecnología avanzada. ¡Yo mismo lo pensaba! Pero eso fue antes de tener esta experiencia [...]. La ciencia ficción hizo concebir a la gente más falsas esperanzas que dos mil años de Biblias” (Theroux, 332).



Después del accidente, su obstinación por desprenderse de cualquier conato de tecnología o progreso empezará a convertir en un perímetro excesivamente perverso la selva hondureña: el resultado será la desolación, el hambre y la angustia. Con la llegada de las lluvias, la familia abandonará el litoral para adentrarse río arriba. “—Ahí abajo está la muerte. Escombros. Carroñeros. Comedores de basura. Todo lo roto, lo podrido y muerto está en esa corriente, atraído por la costa. Y la costa es el lugar más cercano





a los Estados Unidos, ¿cómo vamos a saber si no está ya envenenada?” (Theroux, 323). A partir de aquí, la historia se convertirá en un verdadero suplicio que culminará con la muerte de Allie Fox al sabotear una aeronave de colonos norteamericanos.

Que Theroux situara su relato en la selva hondureña, en el corazón de la América Hispánica, no fue casual. Al hacerlo, el autor replanteaba la vieja dicotomía entre el hombre y su hábitat, volviendo esta disputa el punto central del conflicto vital que se desarrolla en *La Costa de los Mosquitos* entre el hombre proveniente del norte y la jungla centroamericana. Theroux trazaba así los esquemas que llevaban a los sectores más radicales del ambientalismo a poseer una visión fúnebre

y sombría sobre el futuro del hombre; si los procesos civilizadores se habían estableciendo siempre en forma de querrela entre el individuo y su entorno, era inevitable revertir esa relación antagónica. Para ello, los ambientalistas de los años ochenta proponían retomar al antiguo equilibrio que había gobernado las relaciones entre la biósfera y los pueblos o comunidades precolombinas (excluyendo de la lista, por supuesto, a las grandes civilizaciones indígenas).

Esta idea se establecía en una relación muy sencilla, pues creían, como afirma Arthur Herman, siguiendo a Kirkpatrick Sale, que el arribo de Cristóbal Colón a América había heredado al mundo un peligroso legado, a través del cual Europa consiguió subyugar nuestro continente durante más de cinco siglos. Para Sale, explica Herman, el año de 1492 había consolidado la victoria occidental sobre la naturaleza por medio de un arbitrario e inmoderado usufructo de la materia prima.

La América Hispánica encarnaba, por consiguiente, más que la historia de la lucha entre una civilización y otra, la disputa entre el hombre occidental y el ecosistema. La relación orgánica, que entre los pueblos primitivos había mantenido la estabilidad entre la Madre Tierra y las comunidades, se fragmenta irreversiblemente con la conquista del Nuevo Continente. La tierra y los productos que ahí se originaban se convirtieron muy pronto en una cómoda moneda de cambio que permitió al hombre blanco captar grandes riquezas a costos muy altos.

Esta relación de dominio, hacia la década de los ochenta proyectaba un futuro cada vez más lóbrego sobre la civilización, al mismo tiempo que exponía un antiguo temor, ya presente en la conciencia europea desde el siglo XIX, y que continuará vigente hasta el siglo XXI. Si el hombre había saqueado sin contemplaciones el ecosistema (ignorando abiertamente las consecuencias que su pillaje ocasionaba), ahora la Madre Tierra se abría camino para asegurar su supervivencia. Las catástrofes naturales (terremotos, inundaciones, tsunamis, incendios forestales o el inminente deshielo de los polos, así como la hambruna en el Tercer Mundo) parecían darles la razón. La naturaleza comenzaba a ejercer una pugna contra su huésped más incómodo: el hombre civilizado.

La novela de Theroux se transforma así en una genuina interpretación sobre el futuro de las civilizaciones. Un diálogo con imágenes volátiles, salpicadas de vértigo y desesperanza, que ahora nos resultan más que verosímiles y nos empujan de golpe ante una realidad que más que encuentro parece tornarse en colisión. Perturbador, no hay duda en ello, pero, finalmente, asumir las condiciones adversas de nuestro comportamiento nos debe ayudar a reconocernos como civilización y cultura. **■**

---

**Daniar Chávez Jiménez** (México, 1975). Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; maestro en Letras por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos; diploma de Estudios Avanzados por el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca y doctor en Letras Latinoamericanas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.